

transparencia y verdad desconciertan por instantes.

En su creación de tipos reales el pincel de Ibsen se detenia complacientemente en la descripción de aquellas cualidades que determinan lo que se llama el carácter. El sentimiento de la responsabilidad, la tenacidad del propósito, el respeto a la palabra empeñada, la fe del individuo en sí mismo, el desdén por las convenciones sociales que pugnan con el sentimiento individual, son los rasgos prominentes de sus caracteres. El autor ignora las clasificaciones ordinarias que dividen los actos del hombre en recomendables o viciosos. Antes de Nietzsche sus personajes viven «del otro lado del bien y del mal». El carácter se mide por la fortaleza y la sinceridad

de los resortes vitales en el individuo. Reducido a su cuarto donde se pasea como una fiera enjaulada, John Gabriel Borkmann, haciendo el análisis implacable de sus fracasos, es un carácter tan irresistible y atractivo como el doctor Stockmann empeñado en salvar la verdad de sus teorías y la salud de sus conciudadanos, o como Hedda Gabler que se arranca de la vida con sus propias manos para salvar su libertad y para evitar, obedeciendo a un poderoso instinto, que se altere la línea y sufra eclipse su concepto de la belleza en el sentimiento y en la forma. En el centenario de Ibsen⁽¹⁾ se celebra con la ventura de su nacimiento la época en que llegó a su mayor altura el hombre de carácter.

B. Sanín Cano

Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación

(Véase la entrega anterior).

2.—El Patio de las Fiestas y el Patio del Trabajo. — Don Diego seguía hoy con la cabeza vendada. La convalecencia era lenta; se había caído del andamio y había guardado cama durante varios días. Esa mañana estaba don Diego tan jovial como el día anterior.

Entramos al edificio de la Secretaría, doblamos a la izquierda, hacia el Patio de las Fiestas y me detuve ante un muro que ya había llamado mi atención. Era un compacto grupo de campesinos alrededor de unos hombres revestidos de cierta autoridad; tres de ellos eran ancianos y estaban sentados frente a una ancha y tosca mesa, al aire libre; sobre la mesa, unos papeles que examinaba un hombre mejor vestido y, junto a éste, tres hombres más con indumentaria de hombres ricos del campo. Pregunté a don Diego.

—Esta es una escena de dotación de tierras. Los tres ancianos forman el consejo ejidal, el hombre armado que vigila es el Procurador de Pueblos y está el ingeniero que examina los planos. Los campesinos esperan sus parcelas.

—¿Y esa disparidad de rostros, don Diego, es calculada por Ud. con algún fin preconcebido?

—Todas las fisonomías de mis decoraciones son tomadas del natural, aún tratándose de dioses a quienes he hecho con modelos netamente mexicanos y apropiados; cuando no tengo a

mano el modelo lo busco en mis recuerdos y lo reproduzco. Esta escena de la dotación de ejidos la había visto en la dotación de San Juan de Aragón, en 1923; me impresionó entonces por las opuestas representaciones sociales que veía allí reunidas; creo que he recordado bien a todos los personajes. Veá, esos dos gamonales son los grandes terratenientes españoles Remigio Noriega y su sobrino, y el que está con ellos es su abogado el Lic. Obregón, español también.

—¿Y alguien ha dicho ya eso, don Diego? ¿Se puede decir llegado el caso?—le pregunté impresionado por aquella revelación.

—¿Y por qué no?—Si los he pintado ahí ¿por qué no va a poder decirlo?

Y caminamos por la galería viendo las otras decoraciones. La siguiente ocupaba tres muros prolongándose por encima de los arcos; representa la Fiesta de los Muertos en tres aspectos distintos: en el Cementerio, donde se colocan guirnalda y flores y se quema el incienso, en la Ciudad, en donde se celebra el 2 de Noviembre; y en el Hogar en donde, durante la noche, se sirve la mejor cena posible para cada uno de los muertos de la familia mientras los deudos, respetando las sillas vacías, ayunan y rezan durante toda la noche. Siguen luego *La Fiesta de los Judas* (Domingo

de Gloria), *La Fiesta del Trabajo* (1.º de Mayo), la *Fiesta de Xochiquetzalli y Xochipilli*, las *Danzas sagradas en el Santuario*. Ahí nos detenemos; siguen luego dos muros, pintados el uno por Charlot y el otro por de la Cueva, y que están dentro del primitivo plan de las decoraciones.

—Veá, me dice don Diego, en la *Fiesta de los Judas* he pintado con la cuerda al cuello, a los tres Judas del pueblo: el Cura, el General y el Charlatán político.

Y luego, contestando algunas preguntas:—En la danza sagrada figuran ocho vírgenes, que son los ocho períodos indios de las fases de la luna; por eso le decía que presentan la danza de los días y los meses alrededor del sol. La decoración de la Cueva representa otro caso de lo que ayer le expliqué con respecto a Xochiquetzalli y Xochipilli; es otro injerto que hicieron los españoles en las fiestas religiosas de nuestros indios: mire Ud., es Santiago contra los demonios...

Yo tenía cansado a don Diego con mis preguntas sobre las decoraciones.—Ud. no tiene por qué explicar estas cosas, le había dicho, eso que se lo explique la gente, está bien, pero es el caso que yo no puedo estar muchos días, los suficientes para medio interpretar estos símbolos, aquí en México; tengo mis horas contadas, salgo de un momento a otro, quizá mañana mismo, yo qué sé!; y me interesa saber estas cosas, muchísimo, y nadie sino Ud. puede ayudarme a gozar en la comprensión de esta obra de Ud. Esto se lo repetía a menudo, tenía que repetírselo para instarlo a darme explicaciones de los símbolos. De modo que tenía que intercalar preguntas sobre otros asuntos, especialmente filosóficos y sociales; don Diego tiene una ilustración vastísima; me pareció más bien escéptico a fuerza de penetración honda y amplio conocimiento del mundo. Aquella mañana, entre otras cosas, hablamos de los poetas jóvenes de la revolución mexicana; y con una cordialidad paternal, como si se tratara de algo muy suyo, me habló entusiasta de los jóvenes poetas; luego tomó mi libreta de apuntes y escribió: «Carlos Gutiérrez Cruz, Germán Lizt Arzubide, Manuel Mangles Arce, Arqueles Vela»; me

la iba a devolver y volvió a escribir: «en Jalapa»; estos están en Jalapa; Gutiérrez Cruz está aquí, en el Banco de Crédito Agrícola».

En aquel momento habíamos llegado ya al Patio del Trabajo.

—No he acertado a explicarme, le dije, el por qué del nombre de estos Patios; además, en el Patio de las Fiestas, aquí en la planta baja que corresponde al plano material, hay canciones, oraciones y danzas, manifestaciones del espíritu, como en el tercer plano.

—El símbolo de estos dos Patios, en la planta baja, no se refiere al Trabajo ni a las Fiestas; el Patio que se llama del Trabajo es el símbolo de la Pre-Revolución; el de las Fiestas representa la Post-Revolución. La época de la Pre-Revolución no podía yo representarla sino con escenas dolorosas de los trabajadores; la Post-Revolución, con las alegres fiestas populares; Ud. observó allá que las fiestas se inician con la dotación de tierras, que no era precisamente una fiesta sino un acto administrativo que alegraba al pueblo grandemente. Las danzas, los actos religiosos, representan la superación adquirida por la materia popular con el triunfo de la causa revolucionaria, y están esas escenas hondamente ligadas, como Ud. va a verlo, con el tercer plano que representa el espíritu universal de nuestro tiempo.

Estábamos entonces frente a una de las amplias escalas, precisamente la que nos ocuparía toda aquella mañana. Mas antes de iniciar el ascenso, tenía que hacer a don Diego algunas preguntas rápidas. Habíamos visto, por su orden, *La fundición*, ese infierno y esos pobres hombres y esa grúa sombría; luego un chino, digo mal, un mexicano, en el conjunto etnológico de la escrupulosa recopilación racial de don Diego, con una onda, pastor primitivo que cuida los ganados en los desoladores desiertos de Méjico; luego, una alegoría más amplia. Me había detenido interrogando.

—Esto significa el Trabajo, en las proximidades al triunfo da la Revolución. La mujer sentada en medio de un corro de niños y de jóvenes y de un anciano, habiendo una jovencita que aprende a escribir en una pizarra, representa el progreso mental que aportaba la Revo-

(1) 20 de marzo de 1928.